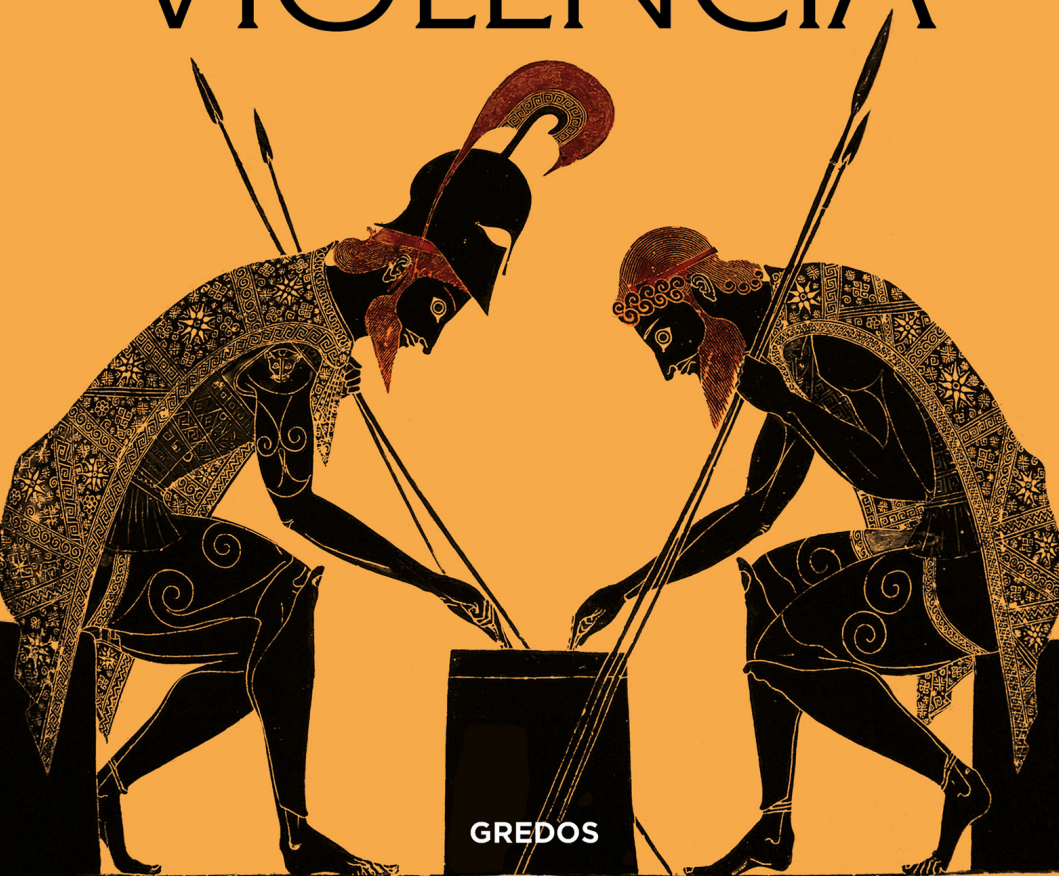


JACQUELINE DE ROMILLY

LA GRECIA ANTIGUA CONTRA LA VIOLENCIA



GREDOS

LA GRECIA
ANTIGUA CONTRA
LA VIOLENCIA

JACQUELINE DE ROMILLY

LA GRECIA
ANTIGUA
CONTRA LA
VIOLENCIA

TRADUCCIÓN DE JORDI TERRÉ



GREDOS

Título original francés: *La Grèce antique contre la violence.*

© Éditions de Fallois, 2000.

© Société d'édition Les Belles Lettres, 2022.

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.



© de la traducción: Jordi Terré Alonso, 2010.

© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2023.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona

rbalibros.com

Primera edición: abril de 2010.

Primera edición en esta colección: septiembre de 2023.

REF.: GEB0679

ISBN: 978-84-2499-851-6

EL TALLER DEL LLIBRE • REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	9
I. LA VIOLENCIA Y LA TRAGEDIA	29
II. VIOLENCIA DIVINA Y BENIGNIDAD HUMANA	61
III. VIOLENCIAS COTIDIANAS ¿QUÉ RECURSOS OPONERLES?	85
<i>Conclusión: Violencia y belleza</i>	123
<i>Apéndice</i>	131
<i>Notas</i>	135
<i>Referencias cronológicas</i>	141
<i>Índice de los pasajes citados o mencionados de autores griegos</i>	143

INTRODUCCIÓN

La violencia constituye al mismo tiempo uno de los peores males de nuestra época y uno de aquellos contra los cuales se sublevó con más fuerza la Grecia antigua: nos dejó, a este respecto, enseñanzas que, expresadas con brillantez en su momento, adquieren en la actualidad un relieve a menudo impresionante.

¿Vivimos acaso una época especialmente violenta? Sostenerlo podría parecer sorprendente, y quizá controvertible. En nuestra era de los derechos humanos, de Estados refinados y organizados, ¿cómo sería posible? Podemos, en efecto, preguntarnos si no es acaso el exceso de información lo que está en entredicho. Tal vez haya habido tanta violencia, o incluso más, en otras épocas. Simplemente, se ignoraba lo que pasaba en otras partes. No había periódicos, ni radio, ni televisión, para dar a conocer todos los actos de barbarie que se producían por todo el mundo, ni con mucha más razón para hacerlos ver, en todo su horror, día tras día. Es posible, por consiguiente, que no vivamos tiempos peores que otros. Y cuando pensamos en las grandes invasiones, en las guerras de religión, en los conflictos interminables o en los bandoleros célebres, nos sentimos más tranquilos a este respecto.

No obstante, nuestra época parece haber dado a esta violencia, que no ha dejado de hostigar al mundo, varias razones para creer en su amplificación.

Guerras, siempre las ha habido; nuestro siglo ha conocido varias. La única diferencia que podemos advertir es que tienen tendencia a volverse mundiales, y que los progresos en las armas empleadas las

vuelven más mortíferas que nunca. Hiroshima es la prueba. Además, estas guerras han venido acompañadas por fenómenos hasta entonces desconocidos o excepcionales. Se produjeron deportaciones masivas; existieron campos de concentración y de exterminio. Y esto no sólo fue obra de Hitler: el Gulag en Rusia presentó idénticas características de horror, e, incluso actualmente, mientras escribo estas líneas, las deportaciones en la región de Kosovo recuerdan enojosamente los peores ejemplos que hayamos podido conocer. Hay que añadir que, en el caso de la Segunda Guerra Mundial, y todavía en el último ejemplo citado, estas deportaciones estuvieron ligadas a un deseo de depuración étnica desconocido hasta entonces. El hecho es que, en nuestro mundo actual, podemos encontrar, o volver a encontrarnos a una escala aumentada, las graves oposiciones étnicas o religiosas que desencadenan la violencia en todas partes. Vemos renacer los tiempos de las guerras de religión con conflictos como los de Irlanda o de la India, y varios países del sudeste asiático. Vemos cómo se manifiestan, año tras año, destrucciones y luchas despiadadas entre dos etnias que habitan, sin embargo, el mismo territorio: la matanza de judíos durante la Segunda Guerra Mundial sigue siendo un ejemplo inolvidable. Habría que añadir que, en la actualidad, podemos ver también cómo los pueblos del África negra se despedazan mutuamente en nombre de las mismas oposiciones raciales y recurren a una violencia cuya monstruosa y siempre renovada prueba nos ofrecen día tras día los informativos.¹

Y no obstante, hay que decirlo: la Antigüedad no pudo experimentar nada semejante. El politeísmo volvía absurda la idea de una guerra de religión; y, si bien es cierto que los griegos fueron muy sensibles a la diferencia entre jonios y dorios, e incluso más entre griegos y bárbaros, si incluso extrajeron de ella un excesivo orgullo, sigue siendo cierto que la mayoría de las veces no la consideraron, a fin de cuentas, otra cosa que una oposición entre culturas. Así Isócrates, que sin embargo recomendó con frecuencia que se declarase la guerra a los bárbaros, pudo escribir con nobleza en un discurso público, el *Panegírico* (en el párrafo 50), este hermoso elogio de

Atenas y de los griegos: «Nuestra ciudad aventajó tanto a los demás hombres en el pensamiento y oratoria que sus discípulos han llegado a ser maestros de otros, y ha conseguido que el nombre de griegos se aplique no a la raza, sino a la inteligencia, y que se llame griegos más a los partícipes de nuestra educación que a los de nuestra misma sangre».*

La combinación, pues, en nuestros días, de los antagonismos de raza y religión con el desarrollo armamentístico conduce a una amplificación de la gravedad de nuestros conflictos. ¡Sólo con esto ya sería suficiente! Pero la violencia, en nuestro mundo moderno, dista mucho de limitarse a las guerras: reina en los Estados, en las ciudades y en la vida cotidiana de todo el mundo. Quizá haya sido siempre así a lo largo de la historia; pero resulta que, también en esto, nuestra época parece haber aportado su innovación al conferir a la violencia un nuevo desarrollo.

En primer lugar, la edad: desde hace poco, esta violencia parece haberse convertido en patrimonio de los jóvenes o, mejor dicho, de los muy jóvenes. Es habitual, en el momento actual, oír hablar de robos a mano armada, palizas y lesiones, también de asesinatos, e incluso de agresiones contra la policía, cometidos por niños de dieciséis, catorce, doce o incluso diez años. Si en el pasado pudieron producirse tales actos, su generalización parece ser una característica de nuestra época. Podemos preguntarnos si, a fuerza de decir que hay que conceder libertad a los niños, no contrariarlos, ni castigarlos, ni oponerse a sus instintos naturales, no hemos acabado por alentar impulsos que ya no podemos impedir. También podemos poner en entredicho el papel de los padres y la escuela y, sobre todo, de la televisión y los juegos virtuales que les sirven de alimento. Esta violencia, sumada a los conflictos raciales que acabamos de mencionar, así como a las dificultades sociales que adquieren cada día más importancia en nuestras vidas, deja desconcertados a los adultos: ni se atre-

* Trad. cast. de Juan Manuel Guzmán, en Isócrates, *Discursos*, Madrid, Gredos, Biblioteca Clásica, 1979, págs. 212-213.

ven a castigarla con severidad, ni aciertan a prevenirla. El resultado es que los desórdenes y la brutalidad han acabado por implantarse en los establecimientos escolares, donde los alumnos agreden a sus compañeros, o a los más pequeños, o a sus profesores, a puñetazos, e incluso, a veces, mediante el empleo de armas. Se han producido algunos casos dramáticos, como por ejemplo uno recientemente, en Estados Unidos, en que dos jóvenes, armados como auténticos delincuentes, llevaron a cabo una inexplicable operación suicida que provocó la muerte de varios compañeros suyos. Evidentemente, estos jóvenes no deberían tener armas, pero las tienen.

A esto se añade otra característica, que parece otra innovación de nuestra época: con frecuencia, esta violencia es gratuita. Dado que, efectivamente, se trata de mostrar un descontento general contra la sociedad, ya no hay necesidad de tener un rencor personal dirigido contra enemigos precisos. Más bien se trata de un furor destructivo, cuyo único motivo reside en el placer de transgredir las normas y afirmar la propia fuerza. Se citan constantemente casos de coches quemados arbitrariamente y de escaparates saqueados, también sin razón. Se cita incluso el caso de ataques contra simples transeúntes, en los que a veces éstos llegan a perder la vida. Todos los días se encuentran en los periódicos varios ejemplos.

Del mismo modo, en diferentes países, los partidos políticos extremistas adoptan actitudes y vestimentas que simbolizan el reino de la fuerza bruta; llevan brazaletes y cinturones provistos de gruesos clavos de metal; y lanzan a su alrededor miradas arrogantes, que ponen de manifiesto con ostentación que están dispuestos a usar la violencia. Sucede lo mismo con las multitudes que se apiñan en los estadios y, más genéricamente, en las reuniones deportivas: se producen ahí actos de violencia cotidianos, sobre los que volveremos a lo largo de este libro.² No pasaba lo mismo en las competiciones de la Antigüedad; ni siquiera en las competiciones, desde luego menos importantes, de comienzos del siglo xx. También en este caso, la mundialización parece ser la causa. Hay que puntualizar que las multitudes son por naturaleza violentas, cosa que ya sabían los antiguos.

Por otra parte, nuestra época ha inventado un término preciso para designar estas destrucciones sistemáticas y gratuitas al llamar a quienes se entregan a ellas «alborotadores». Nuestra época es una época de «alborotadores».

Pero, en oposición con estas reacciones de masa, más o menos espontáneas y pasionales, encontramos también otro aspecto de la amplificación que se experimenta en la vida moderna: existen bandas internacionales, eso a lo que se acostumbra a llamar «mafias». En este caso, no se trata ya de jóvenes, tampoco de una violencia ejercida casi al azar: los secuestros o los asesinatos responden a órdenes precisas, impartidas, por razones también muy precisas, por capos que no participan en la acción, pero que se hacen obedecer por medio del terror. Las mafias derivan de las bandas de piratas, pero disfrutan, si se puede decir así, de toda la autoridad de organizaciones dotadas de medios modernos, de armas modernas y de un espíritu de rebelión no menos moderno.

Basta con echar un vistazo a nuestra literatura, nuestro cine y nuestra televisión para comprobar que, efectivamente, estas diferentes formas modernas de la violencia se apoderan de las conciencias, copan la atención y se habla abundantemente de ellas. Debería decir más bien que se exhiben con asiduidad, ya que, gracias a la imagen, esta violencia está cada día presente ante nuestra mirada. Es cierto que, por este motivo, los medios de difusión corren el riesgo de habituar la sensibilidad de todo el mundo y la imaginación de los jóvenes a la violencia: al mostrar cotidianamente la violencia, prolongan su cotidianidad en la realidad del día siguiente.

Nuestra época tiene, por tanto, una enorme necesidad de voces que le enseñen, día a día, a detestar la violencia, a negarse a recurrir a ella y a poner todos los medios para mitigar sus estragos. Y éste es el motivo por el que traigo a colación los textos de la Grecia antigua.

La Grecia antigua, obviamente, padeció la violencia. Y la padeció bajo todas sus formas. Se vio involucrada en una interminable serie

de guerras; y, en el curso de cada una de ellas, podemos observar medidas represivas que nos parecen espantosamente crueles. Por citar un solo ejemplo, los propios atenienses recordaban que, en pleno siglo v a. C., en una época de prosperidad y florecimiento cultural, se habían apoderado de la pequeña isla de Melos, a la que habían atacado sin razón justificada; y, tras la victoria, habían vendido a las mujeres como esclavas y dado muerte a todos los hombres.³ ¡Esto es lo que, cuando se terciaba, los atenienses, tan orgullosos de su «exquisitez», podían llegar a hacer! ¿Cómo es posible? Ya los griegos habían inaugurado nuestra literatura occidental con la *Ilíada*, que es una epopeya de guerra saturada de ataques, homicidios y el sordo ruido de los cuerpos al caer desplomados; describe refriegas violentas, heridas fatales, gritos y furores; por todas partes reinan la muerte, el duelo y la extinción de las bellezas de la vida. A propósito de un guerrero relativamente oscuro, ya había mostrado ese escándalo de la vida interrumpida: así sucede con Cebriones, que llevaba las riendas del carro de Héctor y que, abatido, cae al suelo. Pelean en torno a su cadáver y el poeta añade: mientras tanto, él, «en un torbellino de polvo, yacía cuan largo era, olvidado de su hípica destreza».⁴

Más adelante volveremos sobre el sentido de estas evocaciones, pero una cosa es evidente: describen la guerra y la violencia. Y toda la historia griega que vino a continuación estuvo así marcada por estas guerras. Conocemos la historia de la Grecia antigua y la de Roma por toda una serie de guerras que se sucedieron a lo largo de los siglos. Por otra parte, se produjeron guerras civiles que sabemos que llevaron aparejadas matanzas y crueldades monstruosas. Heródoto cita varias, de pasada; y Tucídides, siempre en el siglo v a. C., cuando la guerra del Peloponeso provocó en todas las ciudades guerras civiles entre oligarcas y demócratas, entre ricos y pobres, le dedicó todo un capítulo, en el libro III. Muestra que la pasión y la violencia se llevaron a extremos tales que ninguna regla moral pudo interponerse: las palabras cambiaron de sentido y las pasiones antagónicas se enseñorearon entonces solas de los corazones.⁵ En cuanto a la vida misma de las ciudades, tampoco era completamente tran-

quila. Se incubaban hostilidades políticas, que provocaban denuncias, procesos y condenas. Por limitarnos a un testigo tan fiable del siglo v a. C. como es Tucídides, podemos recordar la atmósfera de la ciudad de Atenas cuando se produjo el doble escándalo de la mutilación de Hermes y de la parodia de los misterios: se instigaron entonces todas las delaciones, se dio muerte con precipitación, la ciudad rebosaba de efervescencia y se multiplicaron las violencias. Y no dejaron de desarrollarse procesos políticos importantes con desenlaces a veces muy chocantes: la muerte de Sócrates es su ejemplo más célebre.

Todo esto es cierto; todo esto sucedió y constituye la verdad de la historia griega. Pero aquí se abren dos vías muy diferentes para la reflexión. Si de los testimonios que acabo de indicar sólo retenemos los hechos en cuanto tales, si les añadimos todos los datos que podemos reunir sobre hechos equivalentes, a derecha o a izquierda, en una época u otra y en las distintas partes de un mundo griego enormemente extenso, entonces nos quedaremos sólo con una imagen de violencia que puede incluso sobrepasar las violencias de otros pueblos. Eso es lo que encontramos en algunos autores, en algunos críticos modernos; en concreto, encontraremos un ejemplo llamativo en un libro muy reciente: el libro de André Bernand titulado *Guerre et violence dans la Grèce antique*.⁶ El cuadro presentado por el autor es abrumador; y no hay nada que corregir en los hechos que cita con complacencia. Pero los hechos no se producen solos, y es aquí donde se presenta la otra vía. Casi todos los ejemplos de violencia que cita y todos los que hemos mencionado aquí, a título de ejemplo, no nos son conocidos por casualidad, ni por testimonios imparciales e indiferentes: los conocemos gracias a autores y textos que los mencionan para protestar contra ellos, de manera más o menos nítida o desarrollada, y que describen estas violencias para condenarlas. Una civilización se define, en efecto, por los datos concretos y por los valores que ha ensalzado y transmitido. Ahora bien, la gran originalidad de la Grecia antigua consiste precisamente en haber querido —sobre cada dato de un hecho, sobre cada circunstancia, sobre cada problema— elaborar un análisis y

extraer un ideal. Lo hace en una literatura que, desde nuestro punto de vista, es lo principal. Y ésta no sirve tan sólo como fuente de información: los hechos se presentan en ella acompañados por un juicio que, para nosotros, es también lo más importante. Mientras que los hechos se disipan en un pasado más o menos olvidado, que sólo atañe a los aficionados al conocimiento histórico, la literatura se transmite, llega hasta nosotros, sigue viva y su mensaje puede sernos actualmente todavía de gran utilidad. Grecia padeció la violencia, como prueban los hechos, pero también la condenó: toda la literatura de la época lo demuestra. Y quizá sea precisamente por haberla experimentado por lo que pudo expresar con tanta fuerza su rechazo y su deseo de abolirla.

Los comportamientos que criticamos actualmente con tanta rotundidad, fueron sus propios contemporáneos quienes los criticaron primero; y nosotros no hacemos otra cosa que secundarles y repetir su juicio. Ya se trate de la guerra o de la guerra civil, esta condena nos ha llegado a través de la epopeya o bien de los historiadores; si de lo que se trata es de la muerte de Sócrates, fue Platón quien se sublevó contra ella, no nosotros. Y esta protesta es lo que más vale, porque sigue viva y todavía puede afectarnos. Los griegos ejercieron la violencia, pero la denunciaron con más fuerza que nadie.

Y es en esto donde radica la importancia que para nosotros tienen los textos griegos; y lo que explica que esta larga defensa de los valores conserve un sentido para los lectores más de veinte siglos después. Los griegos no nos ofrecieron un modelo que se trataría de imitar, sino que describieron una experiencia y defendieron determinados valores que fueron los primeros en descubrir y que expresaron con tanta claridad y tal sentido de lo universal que siguen triunfando entre nosotros como si fueran actuales. Ahora bien, podemos decir que, en la herencia valorativa así transmitida, el primer lugar lo ocupa el rechazo de la violencia. La cultura griega se define como una búsqueda apasionada de todo lo que pueda poner fin a esta violencia considerada brutal e indigna del ser humano.

Esta tendencia profunda en la mentalidad griega se manifestó